

de la carne, el demonio no puede ya sorprendernos: no puede presentarse á nuestros ojos como Dios, alegando que es un espíritu y no carne, porque la Encarnación nos muestra que Dios se hizo carne.

Tampoco puede alegar, para engañarnos, que él es Dios, porque es inmortal, una vez que la Encarnación nos muestra que el Hijo de Dios se dignó *morir* hecho hombre.

Tal es el pensamiento de San Agustín.

La Encarnación reparadora patentiza, por otra parte, la grandeza de la dignidad humana.

“Nos demostró Dios, dice San Agustín, el lugar excelso que la naturaleza humana ocupa en la creación, al haber aparecido entre los hombres como hombre verdadero.”

La soberbia humana, que es el más poderoso impedimento para unirnos á Dios, puede sanarse por la humildad del Salvador.

Ella, en fin, liberta al hombre de la esclavitud del pecado.

Cristo satisfizo por nosotros: el hombre solo no podía satisfacer por todo el linaje humano: Dios no debía satisfacer: convenía, pues, que lo hiciera un Dios-hombre.

¡Cuántos misterios, cuántos beneficios, encierra la Encarnación reparadora!

Los principios que hemos venido consignando en los precedentes artículos, nos dejan ver, en toda su magnificencia, las incomparables grandezas del plan de la Encarnación.

Dios, impulsado por la tendencia que tiende á comunicarse, quiso llevarla hasta su último extremo; quiso manifestar, en el exterior, sus perfecciones infinitas, en toda su espléndida luz; quiso, en fin, dar á su obra el alto grado de belleza y de gloria que fuese capaz de recibir.

Comunica á nuestra alma, la luz de la inteligencia; entra más profunda é íntimamente en nosotros, por la gracia; quiere darse él mismo en la gloria del cielo, pero no puede ser más que el objeto inteligible de nuestra eterna contemplación.

Esto no basta á su amor: le queda un último don que hacer, el don de sí mismo, según su ser propio, natural y personal, de modo que se pueda decir: un hombre es Dios, un Dios es hombre.

He aquí la primera grandeza que realiza la Encarnación.

Hay otra: las perfecciones eternas se muestran en todo su infinito esplendor.

Por excelente que sea en su esencia, sublime en su acción, radiante en sus manifestaciones, la creación queda á una distancia infinita del ser increado.

“No hay número, dice el P. Monsabré, que pueda medir ese abismo, no hay fórmula que pueda expresar su profundidad insondable.”

La Encarnación se realiza, y entonces el abismo se colma y los números quedan vencidos.

Brilla en esta obra el poder supremo del Omnipotente, que une la naturaleza divina y la naturaleza humana, sin que se confundan, en una sola persona.

Resplandece en la obra divina de la Encarnación, la belleza de la sabiduría eterna: no se une el Verbo, ni á la materia ni á las sustancias puramente espirituales: se une al hombre, que por su alma toca á las esferas celestes y por su cuerpo á la creación sensible: de este modo, en el cielo y sobre la tierra, las cosas visibles y las cosas invisibles, los principados y las potestades, quedan

establecidas sobre él: todo es creado para él, y todo se apoya en él, todo se sostiene en él, porque plugo á Dios, según la frase de San Pablo, darle toda la plenitud: *Quia in ipso complacuit omnem plenitudinem inhabitare.*

De la diversidad de seres que existen en la creación, formó el Verbo la unidad.

Esta es la tendencia de la sabiduría: unir lo que está separado: este es el frato de su acción: hacer de todas las cosas una sola cosa: *qui fecit utraque unum.*

Esta es la segunda grandeza que realiza la Encarnación.

Queda todavía otra: unido el Verbo á la naturaleza humana, la tierra, como dice el P. Monsabré, queda honrada con la penetración real y sustancial del infinito, absorbe en cierto modo la inmensidad, el hombre absorbe á la tierra, y la humanidad, toda entera, es absorbida por la naturaleza que el Verbo Encarnado asocia á su Divinidad.

El mundo queda así divinizado, en su fondo, y lo debe quedar, necesariamente, en su acción.

“La operación sigue al ser, ha dicho Santo Tomas, *operare sequitur esse.*”

Encarnado el Verbo, en la naturaleza humana, las obras de este Hombre-Dios son obras infinitas.

Todos los actos que el Verbo Encarnado ejecuta, los ejecuta como representante de la humanidad, como jefe de ella, y desde entonces, desde la tierra, se entona un cántico infinito con las mismas notas y con el mismo ritmo que el que se canta en las profundidades del Ser Eterno.

He aquí la tercera grandeza que realiza la Encarnación: Dios da á su obra el más alto grado de belleza y de gloria que puede recibir; el universo todo queda divinizado por la unión del Verbo con la naturaleza humana, que es el compendio de la creación entera.

Pero no está aquí todo el plan divino; le falta una circunstancia que decide todo: el pecado.

La Encarnación tiene que ser reparadora. Dios, al concebir desde la eternidad, la creación, prevee y permite el pecado.

Esta circunstancia, que no es un acontecimiento que sobreviene impensadamente, sino que viene prevista y ordenada por la sabiduría divina, le da á la Encarnación mayor realce.

Brillan con más esplendor las perfecciones di-

vinas, resplandecen las que en una creación inmaculada acaso no serían conocidas, el Verbo ciñe la corona del vencedor y derrama, sobre la humanidad, beneficios que el hombre no puede medir.

Este es, en toda su amplitud, el plan real y actual de la Encarnación.

La Encarnación, por lo mismo, ha tenido como objeto la redención, que es su fin próximo, y por eso ha revestido una forma expiatoria y dolorosa.

Se ha referido también á la creación, como su fin último, y ha tenido por objeto la gloria de Dios, la de Jesucristo y la de todos aquellos que ha escogido para su gloria.

Por eso la Encarnación, en su forma expiatoria ha sido pasajera: en su forma gloriosa, es permanente.

San Pablo ha dicho: "era necesario que Cristo sufriera, para que así entrase á su gloria."

Y David lo había profetizado cuando, dijo: "ha bebido, *al pasar*, del agua del torrente, pero *después* ha levantado la cabeza: *De torrente in via bibit, propterea exaltavit caput.*

Así es, que la Encarnación no encuentra su fin

absoluto, sino su paso, en la redención, y su fin absoluto está más allá, en la gloria de Cristo.

La Encarnación tiene, pues, un doble fin, el de rescatarnos del pecado original, que es su fin próximo, que es el que nos afecta inmediatamente, porque él no mira más que á la familia humana, y el fin universal, el que se refiere á la creación toda entera, dándole un valor infinito ante Dios y elevándola en Jesucristo á un destino de gloria, cuyo designio la ha precedido y determinado.

La escuela de Escoto sostiene que en virtud del plan actual y del decreto presente, el Verbo se hubiera encarnado aunque Adán hubiera perseverado en la justicia y la hubiera trasmitido á sus descendientes.

Los Tomistas no niegan la posibilidad de la Encarnación fuera del pecado; pero sostienen que en el plan real y actual de este misterio y en virtud del decreto presente, el Verbo no se habría encarnado si el hombre no hubiese pecado.

La redención del género humano es, según ellos, el único motivo próximo de la unión del Verbo divino con nuestra naturaleza, que la ha tomado pasible y mortal para cumplir su obra.

Esto es lo que nosotros hemos defendido: el fin próximo de la Encarnación es la redención humana; su fin último es la glorificación de las creaturas y por esto la gloria de Dios.

Santo Tomás, al sostener su tesis, la funda en razones, como son siempre las suyas, clarísimas y concluyentes.

Lo que depende de la voluntad de Dios, dice, no puede sernos comunicado más que por la Escritura Santa.

Y en la Escritura Santa se da como razón ó motivo de la Encarnación del Verbo, el pecado del hombre.

“Vino el Hijo del Hombre, dice San Lucas, á buscar y á salvar lo que se había perdido.”

“No necesitan de médico, dice en otro lugar, los que están sanos, sino los que están enfermos.”

“Cristo, agrega San Pablo, vino á este mundo para salvar á los pecadores.”

No sólo la Escritura, los Padres de la Iglesia se expresan á este respecto en términos precisos.

“Si el hombre no hubiera pecado, dice San Agustín, el Hijo del Hombre no hubiera venido.”

En otra parte se expresa así: “No tuvo otra

causa la venida de Cristo, sino la de salvar á los pecadores. Quita las enfermedades, quita las heridas, y ya no se necesita la medicina."

San Juan Crisóstomo habla con la misma precisión: "Dios se ha hecho carne, dice, para ejercer su misericordia con nosotros. Esta es la única razón de este gran misterio, no hay otras."

La Iglesia, en sus oficios, enlaza constantemente el Misterio de la Encarnación con la caída del hombre.

El magnífico prólogo de la Bula en que se proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María, expresa esta idea, que es enteramente conforme á la tesis de Santo Tomás.

En fin, los Tomistas dicen: *Es contrario á la perfecta sabiduría que precede á los decretos divinos y á la perfecta simplicidad de estos decretos dividirlos ó multiplicarlos en una misma obra, y suponer que Dios modifica, por algún accidente ó motivo que se presenta, un plan determinado, como enseñan los Escotistas.*

Dios no ha tenido más que un plan real en el que todo accidente y toda circunstancia han sido ordenadas y previstas. No ha habido de su parte más que un decreto eficaz: el que nos ha dado

al Verbo Redentor. El resto es pura hipótesis. El decreto eficaz de Dios se refiere, á un mismo tiempo á su gloria y á la restauración de la humanidad caída; pero este último motivo puede ser llamado el motivo primario y eminente

Para dar más claridad á estos principios, los Tomistas distinguen en el decreto divino, lo que ellos llaman instantes de razón.

Según ellos, en el primer instante, considerando Dios por su ciencia infinita todas las cosas posibles, quiere la efusión de su poder y de su bondad, y la manifestación de sus atributos. En el segundo instante, escoge, entre las cosas posibles, el mundo actual destinado á procurar su gloria. En el tercer instante, decide elevar á la creatura racional al orden sobrenatural y adornarla con los dones de su gracia. En el cuarto instante, quiere, por un insondable designio, permitir el pecado. En el quinto instante, decreta la reparación del pecado. En el sexto, designa á su Hijo único como reparador de la culpa por su encarnación en una naturaleza pasible y mortal. En el séptimo, refiere á Cristo Redentor todas sus intenciones relativamente á la efusión de su bondad, á la manifestación de sus perfecciones, á la

glorificación del mundo y á la felicidad de los escogidos.

Admirable misterio: entraña dificultades graves, abismos profundos.

Pero esto no es motivo para desconocerlo y rechazarlo.

"Donde Dios obra, el imposible cesa," ha dicho un gran pensador.

Un piadoso teólogo se expresa así: "Los que rechazan la Encarnación, son, á mi juicio, más bien ingratos que incrédulos: el peso del beneficio los aterra, más que la grandeza de la obra."

Dios, no hay que dudarlo, se ha hecho hombre.

LA HUMANIDAD EN ADÁN.

Dios, al concebir el plan de su obra previó, sin duda, como lo hemos indicado antes, la invasión del pecado.

Debido á esta previsión, decretó que su Hijo tomara carne pasible y mortal, y ordenó este misterio para redimir al mundo.

"La sangre de Cristo, dice San Pablo, nos liberta de todo pecado."

"El Salvador, dice en otra parte, será ofrecido en expiación por nuestras culpas, y no sólo por las nuestras, sino también por las del mundo todo."

Sin embargo, aunque la encarnación tenía por objeto esta redención universal de todos los pecados, es decir, la purificación de todas las culpas, su eficacia se dirige más directa é inmediatamente, en los designios de Dios, á un solo pecado.

No porque ese pecado sea más grave de los que voluntariamente se cometen, sino porque á nadie exceptúa; ataca, por decirlo así, la naturaleza y es la raíz de todas las iniquidades.

Ese pecado se llama pecado original.

Preciso es conocerle, antes de penetrar en las profundidades de la Encarnación del Verbo divino.

La herejía ha alterado su noción y ha exagerado los males que ocasiona.

El racionalismo, al oírlo nombrar, se sonríe, y desdeñosamente lo relega al rango de pueriles fábulas, que la superstición inventa para engañar á la ignorancia y tenerla bajo el yugo de un terror vano.

Hay, pues, que estudiar el pecado original. Pero, antes de hacerlo, es preciso investigar si la humanidad no es más que una sola familia, y cuál era, en su fuente primitiva, el estado de esa familia.

El pecado original sólo se concibe si toda la humanidad estaba contenida en Adán, su primero y único tronco, y si este padre de tan numerosa descendencia poseía antes de su caída una perfección de la que no queda más que un recuerdo.

La humanidad no tiene sino una sola cuna, es una, por la naturaleza y por la sangre.

Las primeras páginas de la Escritura Santa nos descubren y nos demuestran esa verdad tan consoladora y tan augusta.

“Hagamos al hombre; dijo Dios, á nuestra semejanza y á nuestra imagen.”

Y, formado de tierra y animado por un espíritu de vida, el hombre aparece, aparece solo, dominando el universo todo por el pensamiento.

Pero Adán, que había sido hecho á imagen de Dios, debía ser fecundo, como lo era el Dios que le formara con sus manos.

Dios le mira, y, al mirarlo solo, dice: “No es

bueno que el hombre esté así; hagámosle una ayuda semejante á él.”

Y el nuevo ser que, según la palabra divina, debería aparecer al lado de Adán, ¿en qué podría servirle á éste de ayuda?

La vasta inteligencia de Adán era suficiente para la tarea que Dios le había impuesto de gobernar y someter á toda criatura.

Pero, semejante á Dios, debía existir en el primer hombre la irresistible tendencia á comunicarse: es propio de todo bien ser irresistiblemente difusivo.

Como las altas funciones de la inteligencia del primer hombre no podían ser sacrificadas á las funciones inferiores, de donde nace la vida del cuerpo, fué necesario hacerle á Adán una ayuda, en la que residiera la fuerza pasiva de la generación, dejando en él, como en soberano dispensador, la fuerza activa de esa función prodigiosa.

Pudo el Señor hacer, de la misma materia de que se había servido para el cuerpo de Adán, el cuerpo de la ayuda que había decretado otorgarle, y renovar, ante los ojos admirados del rey del mundo, el acto omnipotente por medio del cual

había inspirado sobre el lodo inerte el espíritu de vida.

No fué así: del mismo cuerpo del hombre tomó el Creador una parte, y de ella hizo el cuerpo maravilloso de la mujer, con menos majestad, pero con más gracia; con menos fuerza, pero con más delicadeza; con menos arrogancia, pero con más encantos.

Al verla Adán, entreabre sus labios para cantar este epitalamio que se ha de convertir en la ley fundamental de la familia: "He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne: por esto abandonará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su esposa y serán dos en una sola carne."

A este canto responde Dios con un precepto que hará brotar á la humanidad de sus fuentes: "Creced y multiplicaos."

Tal es la enseñanza cristiana, tal es la enseñanza verdadera, tal es la enseñanza que tiene profundas raíces en el corazón de la humanidad, y que, aunque desfigurada, se descubre en las viejas tradiciones de todos los pueblos.

De Adán se formó el cuerpo de Eva, y de Adán y de Eva, única pareja primitiva, ha descendido toda la familia humana.

Las generaciones se venían sucediendo y llenando la tierra, hasta que una catástrofe, que la humanidad nunca olvida, puso de nuevo á la cabeza del género humano á un solo hombre, y después de él, á las tres familias de Noé, que extienden por todas partes sus ramas, que Moisés, hasta con sus nombres propios, liga con el tronco primitivo.

No hay principio del cristianismo que la impiedad no ataque.

Los espíritus soberbios y superficiales niegan la unidad del género humano: el monogenismo es para ellos un principio que la razón jamás puede aceptar.

No sólo para un cristiano, para un hombre dotado de recto juicio, la unidad de la especie humana en Adán es una verdad incontrovertible.

Los libros de Moisés se imponen al entendimiento, no sólo porque ellos guardan, en sus inimitables páginas, la palabra de Dios, sino porque la historia puramente humana, los descubrimientos de la ciencia, han venido y vienen, cada día, á confirmar su relato.

Es preciso, sin embargo, estudiar, aunque en

brevísima frase, las razones que se invocan para combatir la unidad de la especie humana.

A tres pueden reducirse estos grandes argumentos: la diversidad de tipos humanos, la diversidad de lenguas, y la dificultad de poblar continentes inaccesibles, al menos en las primeras edades.

La profunda diversidad de los tipos, la diferencia radical de los idiomas, la imposibilidad de poblar la América y la Oceanía en las épocas en que debieron poblarse, todo protesta, dicen los poligenistas, contra la unidad de la especie humana.

“La diversidad de los tipos, dice el P. Monsabré, es un hecho que nadie puede negar; pero, bajo la diversidad de tipos, la naturaleza humana queda semejante á sí misma, en su conformación general, en sus aptitudes y en sus tendencias.”

“Por todas partes, continúa el sabio dominico, el hombre es el regio animal que se tiene en pie, mientras que los otros se arrastran; por todas partes ejerce sobre los reinos inferiores de la creación el mismo dominio.”

“Por todas partes su cabeza arrogante mira al cielo, por todas partes sus piés huellan la tierra, por todas partes sus manos industriosas se presantan á obras admirables que modifica según sus

necesidades ó según sus caprichos, por todas partes su cerebro es el asiento de una inteligencia en que brilla la luz, por todas partes expresa por un lenguaje articulado no sólo instintos y pasiones, como el bruto, sino también ideas.”

“Por todas partes reconoce como regla de su vida los mismos grandes principios de la moral, por todas partes adora á un Ser Supremo, por todas partes es perfectible, por todas partes está sujeto á las mismas enfermedades manifestadas por los mismos síntomas, y por todas partes, condenado á muerte, siente y aspira á la inmortalidad.”

“¿Esas semejanzas fundamentales, pregunta el P. Monsabré, que indican tan claramente una sola y misma naturaleza en la humanidad, son tan poca cosa que se puedan posponer á diferencias superficiales infinitamente más numerosas y más vigorosamente acusadas en otras especies de animales?”

El color que parece á primera vista el signo más característico de la raza, está muy lejos de tener la importancia que generalmente se le atribuye. Bajo una piel negra hay tipos que no desearía un artista, y bajo la piel blanca, tipos

deformes á los que no falta sino el color para ser negros perfectos.

La coloración, por otra parte, es un fenómeno local, es un puro accidente, y casi insignificante, para determinar la especie.

La piel considerada en su conjunto, está compuesta esencialmente de tres capas: el dermis, el epidermis y el cuerpo mucoso de Malpighi.

Todos los anatomistas admiten la existencia de estas tres capas; pero varían en la apreciación de las relaciones que las unen, y cada uno de ellos las subdivide después en un cierto número de capas secundarias.

Es inútil entrar en detalles.

El dermis forma el cuero ó la piel propiamente dicha, y está situado más profundamente y abrevado de sangre por una multitud de vasos ramificados hasta el infinito; á ellos debe el tinte rojo que presenta el ojo desnudo cuando se le pone al descubierto; pero si se le examina con una lente se perciben, entre las mallas de las redes vasculares, los tejidos propios que la componen, y estos tejidos son tan blancos en el negro de Guinea, como en el blanco de Europa.

En el exterior se encuentra el epidermis, capa

de apariencia dura, compuesta de láminas traslucidas más ó menos íntimamente adherentes entre sí y cuya semitransparencia permite ver el tinte general de los tejidos puestos debajo. Esta capa es enteramente semejante en todas las razas.

Entre el dermis y el epidermis se encuentra el cuerpo mucoso, que es el asiento de la coloración.

Este se compone de celdillas unidas unas con otras y superpuestas de manera que forman un cierto número de estratificaciones.

Hasta aquí todo es semejante, en el negro y en el blanco; pero en este último el contenido de las celdillas, aun las más profundamente situadas, es en la mayor parte de las regiones del cuerpo casi incoloro y no presenta más que un ligero tinte amarilloso; este color se sube en las razas amarillas y aun en las blancas, cuando tienen el tinte moreno; en el negro se hace de un negro más ó menos pronunciado.

Ya se ve, por esa sencilla exposición que hace Quatrefages, á lo que se reduce el fenómeno de la coloración diversa de las razas humanas. De la una á la otra no hay aparición de órganos ó de elementos orgánicos nuevos; no hay más que un

color que, á partir de un término medio, sube ó se debilita.

Sin embargo, continúa el sabio á quien acabamos de citar, este hecho podría considerarse como de un valor real, si fuese constante, es decir, si cada tinte especial concordase siempre con otros caracteres más importantes propios de ciertos grupos humanos.

Pero no es así, y á propósito del tinte, sobre todo en el hombre, puede decirse lo que de las flores: *Nimum ne crede colori.*

No todos los hombres negros, son negros; hay entre ellos algunos que por una liga incontestable y muy próxima están unidos á las poblaciones más blancas.

Pero no sólo las analogías proclaman la unidad de la especie humana y echan por tierra la contraria tesis que los poligenistas pretenden sacar de la variedad de tipos.

El Lapon y el Húngaro son tipos perfectamente distintos, y sin embargo, su idioma atestigua que tuvieron un origen común.

Los Tártaros y los Turcos se distinguen de los Mongoles, y sin embargo, tienen lenguas de la misma familia.

Los naturalistas, dice Darwing, que admiten el principio de la evolución reconocen sin vacilar que todas las razas humanas descienden de un tronco primitivo único y no se limita á esta simple afirmación el jefe de la escuela transformista, sino que aduce razones y pruebas que son tanto más decisivas cuanto que proceden del campo enemigo.

Las razas humanas actuales, agrega Darwing, presentan en muchos conceptos numerosas diferencias; por ejemplo, el color de los cabellos, la forma del cráneo, las proporciones del cuerpo: sin embargo, si se les considera por el lado del conjunto de organización se encuentran muy parecidas en muchos puntos. Y son tan insignificantes estos puntos y de tan singular naturaleza, que es difícil suponer que hayan sido adquiridos independientemente por especies ó razas primitivamente distintas.

Con mayor motivo se ha de aplicar esta observación á los puntos de semejanza mental que existen en las más distintas razas humanas. Los indígenas americanos, los negros y los Europeos tienen cualidades intelectuales tan diferentes como cualesquiera otras razas; sin embargo, cuando

yo vivía con los indígenas de tierra de fuego á bordo del "Beagle" observé en ellos numerosos rasgos de carácter que probaban cuán semejante es su espíritu al nuestro é hice la misma observación en un negro puro á quien traté íntimamente.

Tomemos, dice Quatrefages, una de esas agrupaciones de individuos más ó menos semejantes, pero capaces de contener entre sí uniones fecundas, y siguiendo á Chevreul remontémonos hasta su origen. Las veremos descomponerse en familias, cada una de las cuales procede mediata ó inmediatamente de un padre ó de una madre; en cada generación disminuye el número de estas familias; y si continuamos remontándonos llegaremos á encontrar el término final, *un par primitivo único*.

No es sólo la variedad de los tipos, es también la variedad de las lenguas la que se invoca por los poligenistas para combatir la unidad de la especie humana.

No cabe ponerlo en duda: los descubrimientos de los últimos siglos, nos han revelado tantos idiomas diversos, que su multiplicidad ha podido preocupar, de pronto, á los que defienden la unidad de la raza de Adán.

Los estudios que se han hecho, sobre la diversidad de los idiomas, han venido á demostrar, sin embargo, que todos ellos derivan de una sola lengua.

El argumento, en consecuencia, lejos de combatir la tesis cristiana, la pone en toda su luz, la hace que aparezca más cierta y más clara.

"Toda lengua se compone de dos partes, dice el P. Monsabré, la una inmutable y la otra flexible y que cambia."

"Esta última, sucesivamente transformada por el trabajo del hombre, puede hacerse, al cabo de ocho ó diez siglos, una lengua enteramente desconocida."

"Nadie habla hoy el francés de Carlos el Calvo: sólo los eruditos lo entienden."

"Las raíces, al contrario, resisten á todas las manipulaciones que sufren las desinencias y quedan en el fondo de todo idioma como el signo revelador de su procedencia."

"El estudio de este signo, ha permitido á la ciencia dividir la lengua humana, en tres grupos primitivos."

"Aquel en que dominan las lenguas sin gramática, que se asemejan á los gritos de un niño,